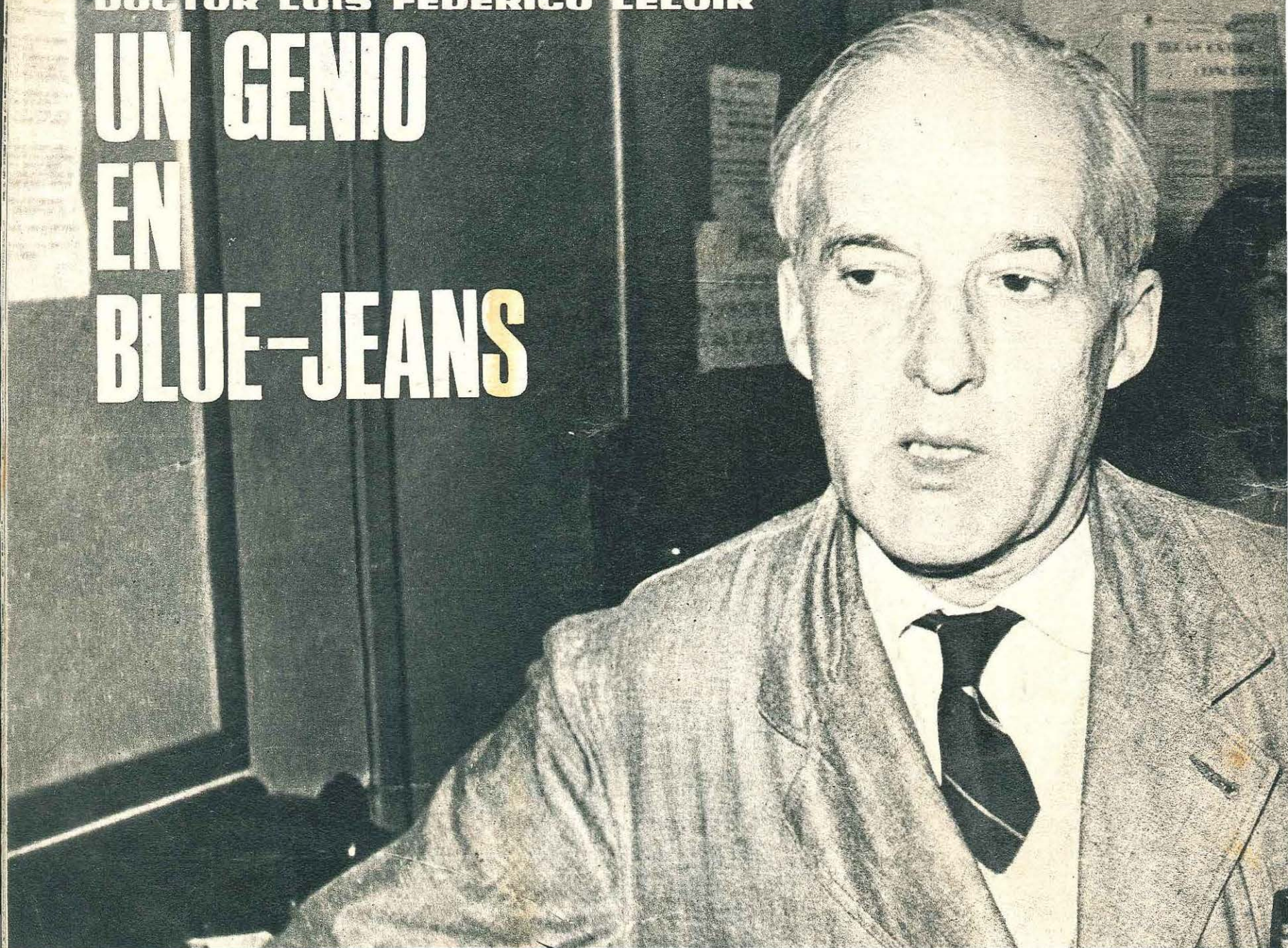


DOCTOR LUIS FEDERICO LELOIR

UN GENIO EN BLUE-JEANS



LUIS FEDERICO LELOIR, "NACI ALLA POR EL 900", ES UNO DE LOS CIENTIFICOS MAS IMPORTANTES DEL MUNDO Y ES ARGENTINO. SUS APORTES AL CAMPO DE LA BIOQUIMICA SON INNUMERABLES. SU PERSONALIDAD, SORPRENDENTE. DESCONOCIDA, HASTA HOY.

En 1956 fue necesario crearle la categoría de profesor extraordinario porque no había en su especialidad quien pudiera integrar un concurso para juzgarlo. Y, sin embargo, sigue siendo un hombre retraído, asombrosamente modesto y con una paciencia a toda prueba. Rehúye la publicidad y prefiere permanecer en el anonimato, aun cuando ha recibido gran cantidad de premios en dinero, que los acepta pero que los dedica a la ciencia. En su laboratorio usa guardapolvo de ordenanza color gris, raído, y blue-jeans. . . No soporta la

espectacularidad y ofrece, por el contrario, la imagen del hombre humilde. Habíamos concertado la entrevista por teléfono el jueves por la noche. Y al día siguiente, a las 15.30, lo encontramos en su ambiente, es decir, entre las viejas paredes del Instituto de Investigaciones Bioquímicas, al 2400 de la calle Obligado, en el barrio de Belgrano. Al doctor Luis Federico Leloir lo enmarcan un verdadero arsenal de máquinas, probetas, tubos de ensayo, estanterías y mostradores de trabajo.

—¿Qué edad tengo?

Su respuesta no se hizo esperar, mientras los dedos de sus manos permanecían entrelazados, quietos. Su mirada fría se hundía en mí.

—A ver. . . creo que nací allá por el 1900; un 6 de septiembre de 1906, debo tener, pues, unos 62 años. . .

—¿Usted es argentino, doctor?

—Mis padres son argentinos, pero yo he nacido en Francia; digamos por casualidad. . . pero luego opté por ciudadanizarme.

—¿Cuál es su especialidad?

La respuesta fue seca, terminante:

¿QUIEN ES EL DOCTOR LUIS FEDERICO LELOIR?

El 6 de setiembre de 1906 nació en Francia —sus padres eran argentinos y él es ciudadano argentino nacionalizado—. El doctor Luis Federico Leloir —considerado como una de las figuras sobresalientes en el campo internacional de su especialidad, la bioquímica— se graduó de doctor en medicina en la Facultad de Medicina de la ciudad de Buenos Ai-

res en el año 1932, y dos años más tarde se hizo acreedor del premio a la mejor tesis. Por ese entonces le apasionaba tanto la enzimología, que a fines de 1935 decidió viajar a los Estados Unidos para ampliar sus conocimientos. Al año siguiente —es decir, en 1936— se perfeccionó junto al famoso profesor Hopkins, de Cambridge. Volvió a la Argentina y

siete años después viajó a la Unión para ampliar sus conocimientos en la Washington University de Saint Louis y la Universidad de Columbia. También efectuó numerosos viajes de perfeccionamiento por Europa. Sus amplios conocimientos en la investigación biológica le han valido numerosas distinciones, entre ellas el Premio Nacional de Ciencias (1944), el Premio Socie-

dad Científica Argentina (1953), el Premio T. Ducett Jones Memorial Award, de la Fundación Helen Hay Whitney (1958); el Premio de la Fundación Severo Vaccaro (1962), el Premio Louise Gross Horwitz, de 25.000 dólares, que le otorgó la Universidad de Colombia; el Premio Benito Juárez, de 100.000 pesos mexicanos. También ha sido favorecido con el tí-



—La bioquímica.
—Usted ha hecho importantes hallazgos científicos.

—Uno de los más importantes ha sido descubrir la existencia de la uridinadifosfato-glucosa, que los bioquímicos, para abreviar, denominan sencillamente UDPG. Estos nucleótidos son parte de las llamadas enzimas, sustancias que intervienen en los procesos bioquímicos y desempeñan el mismo papel de actividades que desempeñan en la química inorgánica los catalizadores.

tulo de Doctor Honoris Causa, otorgado por la Universidad de París, en 1963, y el título similar otorgado por la Universidad Nacional de Tucumán, en 1966.

El doctor Luis Federico Leloir está casado con Amelia Zuberbühler, y tiene una hija. Su nombre es internacionalmente conocido en los círculos científicos.

—¿Cómo despertó el científico en Leloir?

—Mis primeros contactos fueron con el doctor Bernardo Houssay, si bien él encauzaba sus tareas hacia la fisiología y yo, en cambio, me volcaba hacia la bioquímica.

—Siendo muy joven viajó a Europa.

—En efecto, a los 30 años decidí ir a Inglaterra para ampliar los estudios, y al regresar me incorporé definitivamente al grupo del doctor Houssay, donde estudiamos, en ese entonces, la oxidación de los ácidos grasos.

—¿Asomaron vocaciones en su niñez?

—Bueno, eso fue de poco a poco... a medida que fui creciendo. En realidad, estudié como otros y me gradué.

—¿Cuántos años lleva como investigador?

El doctor Leloir pasó su mano derecha sobre la frente, imaginó con su mirada sus primeros años dedicados a la investigación, y respondió:

—Y... deben ser unos cuantos.

—¿Cuántos, doctor?

—Más de treinta y cinco.

Pensamos, entonces, que el doctor Leloir rastrea desde hace varias décadas el metabolismo interno de los hidratos de carbono e investiga qué pasa dentro de las células, por qué se comportan de tal o cual manera y cómo se las ingenian para producir glucógeno a partir de la glucosa, el combustible del que se abastece la vida humana.

—¿A quién o a quiénes considera sus maestros en el campo de la investigación científica?

—Han sido muchos...

—Nómbreme uno, por ejemplo. Parecía que no iba a pronunciar por alguno en especial, y tras titubear dijo:

—El doctor Bernardo Houssay.

El doctor Luis Federico Leloir fue postulado en 1952 al Premio Nobel de Medicina por sus aportes al esclarecimiento de los mis-

teriosos procesos de la vida celular.

—¿Cuántos trabajos ha presentado?

—En realidad, no interesa la cantidad, sino la calidad... Lo importante es hacer uno por año, y bien...

Numerosos galardones ha recibido durante su larga actuación profesional. Entre ellos, el Premio de Tesis 1932, el Premio Helen Hay Whitney Foundation, Premio Bunge y Born, Gaidner Award, de Canadá; Louise Gross Horwitz, Benito Juárez, de México; el Premio Nacional de Ciencias 1944, el Premio Sociedad Científica 1953, el Premio Fundación Severo Vaccaro, el título de Doctor Honoris Causa conferido por la Universidad de Buenos Aires, en 1963.

—Usted ha recibido muchos premios, ¿cuál le ha reportado mayor satisfacción?

—Ninguno en particular; todos los he recibido con enorme satisfacción.

—El premio Bunge y Born fue de un millón de pesos, ¿qué hizo con el dinero?

—Lo doné al instituto.

—¿El Instituto de Investigaciones Bioquímicas recibe subsidios del gobierno nacional?

—Funciona a través de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires y con el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, que preside el doctor Bernardo Houssay, y del Instituto Nacional de la Salud de los Estados Unidos.

—¿Por qué su organismo está subvencionado por un organismo extranjero?

—Son aportes para la investigación científica.

El doctor Leloir llega todas las mañanas a las 9 al instituto, ubicado en el barrio de Belgrano. A partir de ese momento pasa a considerar con sus colaboradores inmediatos —los doctores Armando Parodi, Nicolás Behrens, Clara K.

de Fischman y Héctor Caminatti— distintos trabajos en investigación, y sólo al filo del mediodía hace un alto en sus tareas para disfrutar de un frugal almuerzo. Su labor concluye generalmente a las 18. Dos veces por semana se reúnen todos los estudiosos del instituto para tratar los temas científicos del momento.

—¿Hay suficientes investigadores en el país?

—Sí, hay varios grupos de valor que efectúan trabajos de primera línea.

—¿Cuáles son las condiciones indispensables para ser un buen investigador?

—Paciencia y constancia para sobrellevar las adversidades.

—¿Cuál es el honorario de un investigador?

—Hay varias razones.

—¿Cuáles?

—Su antigüedad y su categoría.

—¿Cuáles son, entonces, los montos para esos casos?

—La escala inicial es de casi 100.000 pesos, pero hay que tener cuatro años de entrenamiento.

—Pero esa suma debe ser superior para algunos de ellos.

—Tengo entendido que algunos llegan a cifras que oscilan entre los 250.000 y 300.000 pesos.

—¿Son muchos en nuestro país?

—Siete u ocho.

—En la Argentina, ¿la retribución es inferior que en otras naciones?

—Bastante...

—Digamos, por ejemplo, en los Estados Unidos.

—Alrededor de los 1.000 dólares.

—¿Por qué trabaja en la Argentina entonces?

—Este es mi país.

—¿Que otras cosas le apasionan fuera de la ciencia?

—Mi hobby es el trabajo.

—Digamos, entonces, qué lo distrae.

—El cine, al cual concurre con mi señora, Amelia Zuberbühler, y mi hija.

—¿Qué películas prefiere?

—Las de acción.

—¿Por quién siente admiración?

—Hay muchas personas para admirar...

—Doctor Leloir, hay una creencia general en el sentido de que a usted y a su grupo de colaboradores les interesa trabajar en el anonimato. ¿Por qué?

Me dijo que deseaba contestar-me con franqueza.

—No es que a uno le guste o le interese trabajar en el anonimato; simplemente, se trata de trabajar tranquilo, poder rendir al máximo y hacer cada uno su trabajo. Esa es la razón.

Llegamos al final de nuestro reportaje. Dejamos, pues, una última pregunta.

—¿Por qué rehúye las conversaciones con periodistas?

—Más publicaciones se hacen, más se distrae uno. Hay muchas veces en que se tergiversan los conceptos y aparecen cosas inexactas. Por eso es que preferimos trabajar silenciosamente, sin publicidad alguna.

Sin duda, para el doctor Leloir son más importantes los hechos que las palabras. Sus numerosos trabajos científicos y sus largas décadas dedicadas a la investigación lo ubican entre una de las figuras sobresalientes de la ciencia latinoamericana. Y así, todas las mañanas, llega silenciosamente al edificio de Monroe y Obligado. Desaparece el hombre atildado, circunspecto, sobrio para vestir, para colocarse los blue-jeans gastados y el guardapolvo de ordenanza, y convertirse en uno más en la treintena de estudiosos del instituto.

El doctor Luis Federico Leloir no quiso ser noticia, no pretendió serlo. Es noticia, sencillamente, porque es alguien que forma parte de un país y lo honra con su trabajo, su modestia, su trascendencia.

JORGE MONTI
Fotos: Dutli

SUS PRINCIPALES COLABORADORES



Doctor Armando Parodi.



Doctora Clara Krisman de Fischman.



Doctor Nicolás Behrens.

De la treintena de estudiosos que se desplazan por los largos pasillos del vetusto edificio del Instituto de Investigaciones Bioquímicas hay cuatro especialistas que trabajan estrechamente con el Dr. Leloir en la investigación de distintos aspectos relacionados con el metabolismo del hidrato de

carbono. Descubrir de esta forma los compuestos de muchos azúcares, que tienen importante participación en la composición de las células del organismo. El doctor Armando Parodi, joven científico de 27 años, trabaja en un equipo desde hace cuatro años. Investigando la estructura y biosíntesis

del glucógeno de alto peso molecular. La doctora Clara Krisman de Fischman, casada, madre de un chico de 9 años, trabaja desde hace 10 años en el instituto. Es algo así como la mano derecha del Dr. Parodi. Por su parte, el Dr. Nicolás Behrens, de 31 años, quien ingresó en el instituto en 1964, está

estudiando distintas fórmulas sobre la función de un nuevo líquido. El Dr. Caminatti, de 39 años, es el secretario técnico del instituto, en el que trabaja desde hace 12 años. En la actualidad está estudiando las propiedades regulatorias del enzima glucolítica. (la piruvato quinasa) de distintos tejidos, principalmente el hígado.